







8.29841

# DISCURSOS

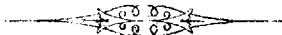
leídos en sesión pública de la

## REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN LA RECEPCION DEL

**EXCMO. SR. D. EVARISTO SAN MIGUEL,**

el 3 de abril de 1853.



**MADRID.—1853.**

IMPRESA DE **DIAZ Y COMPAÑIA,**  
plazuela del Duque de Alba, núm. 4.



# **DISCURSO**

**LEIDO POR EL EXCMO. SR. D. EVARISTO SAN MIGUEL**

**AL TOMAR POSESION**

**DE LA PLAZA DE ACADÉMICO DE NÚMERO**

**DE LA**

**REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.**

---



## SEÑORES.

**H**ONRADO con los votos de esta Academia que me abrió sus puertas, sin merecerlo ni solicitarlo, es grande mi perplejidad al cumplir con un deber que el uso consagra, que la gratitud me dicta, en la eleccion de un asunto que llame su atencion, que merezca la curiosidad, y deje satisfecho su gusto delicado. En tanta incertidumbre una idea me ocurre, que me sacará lo menos mal de este conflicto; la de cubrir mi insuficiencia, acogiéndome á la Academia misma, á los hombres que en todas épocas ~~se~~ han dado tanta prez y lustre. Será pues su instituto, la naturaleza de sus trabajos, los servicios que hicieron á la literatura, la luz que difundieron, el principal objeto de este ensayo que con tanta desconfianza en mi saber pronuncio. Ni me fuera posible concebir, bajo auspicios mas felices, la esperanza de ser recibido con alguna indulgencia, ~~es~~ la primera vez que me presento delante de una corporacion tan respetable y distinguida.

La historia es su instituto. A la contemplacion y estudio de este gran panorama, donde el hombre se ve retratado bajo sus diversas formas y vicisitudes, fué llamada por el real fundador



que en su patria adoptiva se mostró celoso por agrandar la esfera de la inteligencia humana. Para cultivar la historia, para purificar y limpiar la de nuestra España de las fábulas que la deslucen, é ilustrarla con noticias que fuesen provechosas, convocó á las personas que pasaban en su tiempo por mas sabias é ilustradas. Los que no tuvieron entrada como académicos de número, se prestaron gustosos á tomar parte en sus trabajos bajo el título ó nombre de contribuyentes. Todos se apresuraron á realizar una idea grande y feliz; la asociacion de las luces, tan necesaria como en otros ramos, en las altas regiones de la ciencia. Todos llevaron mas ó menos su tributo al gran depósito que debia ser monumento de su laboriosidad y su saber; la fuente donde las generaciones futuras bebiesen de una vez, lo que ellos á fuerza de afan y de paciencia, habian buscado en manantiales mil, diversos. Abierto está este libro ostentando sus riquezas, si no todas de igual ley, útiles y preciosas para la juventud que aprende, como para la edad madura que tanto se complace en recordar los frutos de su estudio. Historia pura, cronología, geografía, historia natural, viages, monumentos, indagaciones científicas, pues todo concurre á la formacion del cuadro de la historia, se hallan diseminadas en aquel grande repertorio. La clase eclesiástica, como la administrativa, el ejército como la armada, todos concurrieron á la formacion de este cuerpo literario. La mencion sola de los nombres que pusieron en depósito la masa de sus conocimientos, basta para pronunciar su elogio. Se leen en sus anales, comprendiendo los académicos y los contribuyentes entre otros distinguidos los de Florez, Montiano, Casiri, Risco, Campomanes, Jovellanos, Capmany, Tavira, Laguno, Conde, Muñóz, Pellicer, Vargas Ponce, Merino, La Canal, Bauzá, Cean Bermudez, Clemencin, Argüelles, Navarrete, escritores todos cuyas luces rivalizan en los mas con la riqueza y elegancia del estilo, y que por distintos rumbos explotaron las ricas minas del saber humano. Me veda el respeto que á este sitio debo, pronunciar los de los vivos.

Purificar la historia de nuestra España de las fábulas que la

deslucen. ¡Pensamiento grande! ¿Y qué historia está exenta de estas manchas? ¿En qué nacion, en qué época dejó el hombre de correr tras de lo fabuloso que arrastra su imaginacion y la fascina? Contrayéndose á cosas puramente humanas, ¿cuándo dejó de tributar su admiracion á lo que escede los límites de su inteligencia? ¿Qué pueblo dejó de lisongearse de lo maravilloso de su origen, de aplaudir al historiador, al poeta que canta los portentosos hechos que le distinguieron, las batallas de gigantes en que su brazo y su valor le adquirieron mil títulos de gloria? Así las fábulas en la historia son inherentes á la misma índole de la humanidad, y de rendirle este homenaje no prescindieron hasta los que en este ramo adquirieron mayor lustre. Los historiadores griegos y romanos, cuyas composiciones han servido de modelo á casi los mas que en los siglos sucesivos han caminado por la misma senda, están llenos de hechos increíbles, de ficciones, de fábulas, de maravillas, de milagros, y de esta tacha no se eximen los que pasan por mas parcos en galas de imaginacion, por mas graves en su estilo, por mas profundos en el pensamiento, por mas conocedores de los hombres. Creyeron unos, y estos son los mas, las mismas fábulas que referian: conocieron otros demasiado la índole de sus lectores para que descartasen de sus obras lo que podia hablar mas el orgullo nacional, y halagar su fantasía; mientras algunos dotados de escaso discernimiento, descuidados en indagaciones, adoptaron sin exámen leyendas comunes, tradiciones vulgares, exageraciones monstruosas, á que falta hasta la animacion poética que las haga interesantes. Fueron precisos mas progresos en la crítica, mayores conquistas en la ciencia, para que los historiadores de estos tiempos modernos sin poder lisongearse de llegar á las galas del decir, al colorido de la expresion, que tanto realzan aquellos grandes modelos de la antiqüedad que concienzudamente estudian, depurasen en parte la historia de estas fábulas. Y digo en parte, porque en medio de tanta ilustracion, ¿quién prescinde siempre de sus propias ideas, de las impresiones de su primera juventud, del espíritu de sec-

ta, de partido, de las pasiones mismas que inspiran su lenguaje hasta en los acontecimientos mas remotos que describe?

¡Fábulas, señores! ¿De qué las necesita el cuadro de la historia? ¿No habla bastante á la imaginacion la verdad desnuda de sus grandes hechos? A ninguna convenian menos que á la nuestra. No necesitaba fábulas la historia de España, á quien una combinacion de circunstancias extraordinarias colocaron en situaciones singulares y únicas; del pais á donde desde puntos tan diversos de la tierra acuden naciones á poblarle, á conquistarle, á fundar en él todo género de establecimientos; donde se ven testimonios vivos del saber, de la industria de los pueblos de la antigüedad mas famosos por su ilustracion; del pais que suministró á los cartagineses y á los romanos tantas páginas de gloria, que sin pasar dos siglos desde la irrupcion del Norte que esclaviza á su pujanza todo el Mediodia, ofrece ya el espectáculo del mas vasto estado que hasta entonces habian fundado aquellos formidables extranjeros, rejido ademas por un código de leyes, monumento mas completo del saber que en su rudeza ya alcanzaban. ¿Necesitaba fábulas esta batalla en que el edificio gótico se desploma casi por entero? ¿Las necesitaba la invasion, que puso tanto espanto, de los árabes? El que sabe hasta donde llega el esfuerzo y el arrojo de los que combaten por su patria caída, por sus altares en peligro á la voz de un caudillo que inflama su valor y va el primero á la pelea, ¿no comprende la restauracion de esta monarquía que empieza en las montañas de Covadonga y termina en las torres de la Alhambra? Con el auxilio de la simple inteligencia de lo que puede el entusiasmo de la religion y la pasion sublime de la gloria, ¿no podemos tributar nuestra admiracion á tantos campeones de brazo de hierro y pecho de diamante como en tan larga y obstinada lucha ilustran nuestras páginas, y dan prez á las de la media luna, con cuyos esforzados adalides casi sin tregua y sin descanso combatian?

Y si de la vieja España pasamos á la nueva, á las inmensas regiones que en medio siglo quedaron sujetas al cetro de Casti-

lla, veremos hechos que desterraríamos al país de las ficciones, si no hubiesen pasado como ayer, si no tuviesen un sello de certeza indisputable. ¿Dónde estaba el bello ideal del alto genio, de la sublime intrepidez del navegante que primero las descubre? ¿Qué hazañas fabulosas compiten con las de los hombres esforzados que en pocos años exploran aquellas inmensas regiones y las doman con su espada? ¿En qué leyendas se hallaba un Vasco Nuñez de Balboa que va denodado en busca del mar del Sur y le halla; de un Francisco de Orellana que seguido de muy pocos se entrega á la corriente del río de las Amazonas, atraviesa nueve leguas de un país desconocido, y se encuentra sin saberlo en las playas del Atlántico? ¿Dónde estaba el tipo de un Hernán Cortés, que á la cabeza de quinientos compañeros, pues no fueron más los que con él desembarcaron en el continente de aquellos países, concibe el gran pensamiento y le lleva á término, de conquistar el imperio mejicano? Y para que suba de punto lo asombroso ¿qué fecunda fantasía podía crear la figura gigantesca de un Pizarro que escala los Andes seguido de menos de doscientos de á caballo, y puesto de la otra parte, destituido de todo auxilio humano, rodeado de innumerables huestes enemigas, derriba el trono de los hijos del Sol con una sola acción, en que el delirio de la temeridad se apoya en la voz de la cordura, en que una ferocidad inaudita y sin ejemplo es la sola tabla de salvación que en tan cruda tempestad le resta?

Sí, señores: la verdad es mil veces más maravillosa que la misma fábula: la realidad vuela más alto que la ficción á la que sirve á veces de alimento. Si partos de cerebros descompuestos, si leyendas monstruosas por lo absurdas, cautivan la admiración del vulgo rudo, viene con sus maravillas la verdad á inflamar la imaginación del hombre inteligente. Al libro del historiador debe sus principales lauros el poeta. Nunca como en alas de los grandes hechos, vuela tan firme y seguro el genio de la inspiración que le arrebató. El espectáculo del imperio colosal romano á quien un puñado de aventureros dieron cuna, dicta los cantos

de la Eneida: al de la Europa entera desplomada sobre el Asia, en busca de la tierra santa corre á su trompa el vate de Sorrento: al doblar el cabo de las Tempestades y contemplar las maravillas de la India, no puede el Camoens poner freno á su entusiasmo, y en medio de crudas lides con un pueblo agreste y bárbaro, inspirado de la audacia de su patriotismo, aprovecha nuestro Ercilla sus vigiliás y cortas horas de descanso, para consignarle en el templo de la fama. A un soldado que cantó lo que veía, debe, señores, un gran poema nuestra España; así como de la pluma de otro soldado salió el libro inmortal, en que declarando guerra á ficciones absurdas, imprimió el sello de la mas rica poesía; porque la poesía es el realce de la verdad, y donde falta un fondo de verdad, muy poco hay digno de los hombres cultos.

Al exámen pues de la verdad, consagraron los académicos de la historia sus tareas. Con paciencia, con perseverancia, ayudados de las luces de la crítica, apoyados en la ciencia, estudiando documentos en códigos diversos, esparcidos, comparando lo posible con lo probable, estudiando las costumbres, las ideas, las opiniones dominantes en diversas épocas, lograron establecer hechos tales como satisfacer mejor á los hombres de sana razon y congeturas que en medio de la oscuridad parecen verosímiles. Hacer mencion de todos y aun de la mayor parte de sus trabajos, seria tan superior á mis fuerzas, como ageno de este corto escrito. Contraido á sus límites, y temiendo abusar de la bondad de la Academia, solo hablaré de tres, historiadores todos, de cuyos trabajos debe estar tan satisfecha; de tres que representan para ella el principio, el medio, y el fin de la primera mitad de este siglo que alcanzamos; de *Muñoz*, de *Conde* y *Navarrete*.

Fué el primero un sábio modesto, entendido y laborioso, que á tareas literarias consagró esclusivamente su existencia. Dedicado desde sus primeros años á tan noble profesion, arrebató al mundo cuando sus años no pasaban de maduros, dejó empezado un gran trabajo, y á la Academia el pesar de no ver completo un monumento consagrado á nuestra gloria nacional, depósito precioso de cuanto podia en su clase satisfacer la curio-

sidad del hombre inteligente. Llamado don Juan Bautista Muñoz de orden del gobierno á la tarea de escribir la historia del Nuevo Mundo, se entregó con ardor al desempeño de esta comision tan delicada. Por todas partes busca documentos que debian guiarle é inspirarle la confianza de que iba á despojar dicha historia, de las fábulas que la deslucian. Porque en ninguna debieron de introducirse mas errores, mas exajeraciones, mas resultados de imperfecta observacion y de la índole del hombre, en dejarse subyugar de su imaginacion acalorada. La mayor parte de los que primero vieron aquel mundo nuevo, carecian sin duda de discernimiento; su propia vanidad de haber presenciado escenas tan grandes y maravillosas, el deseo natural de cautivarse la admiracion de sus contemporáneos y de la posteridad, les hicieron abultar demasiado aquellos cuadros. Si en alguna historia se necesitaba el juicio de la critica, la paciencia y laboriosidad en examinar, en comparar diversas relaciones, en estudiar documentos que no destinados á la publicidad, contribuyen á dar á conocer el estado de los negocios interiores y administracion de un pais, era la que el gobierno habia puesto á su cuidado. Inmenso fué el celo con que trabajó Muñoz en busca de estos documentos, recorriendo infinitas bibliotecas, tanto en el reino como en los estraños. Maravilla causa que en el corto tiempo que precedió á la publicacion de su primer ensayo, se hubiese hecho con tan numerosos manuscritos como los que á su muerte pasaron al depósito de esta Academia que le contaba en el número de sus miembros distinguidos. Relativos á todos los paises del mundo nuevo, encontró materiales que yacian en el polvo, ignorados de los hombres. Historia, ciencias naturales, detalles administrativos, partes de los diversos gobernantes á sus cortes, viajes, descubrimientos, itinerarios, derroteros; de todo hizo acopio para la confeccion de su trabajo, que por lo poco que de él nos ha quedado, debia ser, sin duda, gigantesco. Para hacer ver hasta qué punto llevaba el escrúpulo de la exactitud, y se dedicaba tan solo al cultivo de la verdad en sus tareas, copiaremos las siguientes palabras que se hallan en el

ral hoy dia, halló resistencia en la Europa de su tiempo, fué hasta objeto de desprecio, de desden, y son precisos diez y ocho años de paciencia y de heroica perseverancia, para que consiga ser enviado en busca de inmensos tesoros y riquezas, á emprender la conquista mas magnífica que á favor de la civilizacion humana podia consumarse. Angustia causa contemplarle abrumado bajo el peso de un grave pensamiento, luchando con la pobreza, casi destituido de todo auxilio, caminando á pié, llamando á la puerta de los poderosos, implorando de Génova su patria, de Venecia, de Inglaterra, de Portugal, tengan á bien aceptar el don mas espléndido que podian recibir de la mano de los hombres. Se muestra la nacion castellana menos ruda en esta parte que las otras: alcanza su reina Isabel la dicha singular de añadir á sus laureles el de comprender y proteger al sábio. Su idea se discute en junta de hombres doctos, ya los argumentos de los que se apoyan en algunos textos de los santos padres, responde el marino genovés, de un modo victorioso. La terquedad se vé desarmada; se reduce al silencio la duda: los tímidos se alientan: los obstáculos desaparecen al fin; Colon se embarca.

¡Qué espectáculo! Un hombre seguido de otros ochenta repartidos en tres caravelas, como si dijéramos, tres grandes barcas entregándose á un mar desconocido buscando el Nuevo Mundo. Cuantos objetos grandes delante de la pluma del que se ha preparado á ello con estudios previos, dotado de discernimiento y critica; cuando por las palabras suyas que hemos ya copiado, se halla resuelto á consagrarse enteramente á la verdad depurando la de las fábulas que la deslucen! Muñoz se muestra digno de trasladar fielmente al papel, espedicion tan gigantesca. Tan conocedor hasta ahora de las cosas y los hombres que fueron como su prelude, la describe con método, con sencillez, con sobriedad de palabras, dejando á los hechos que hablen por sí mismos. Se ve al gran navegante en alas de su génio, con los ojos fijos en el Occidente, estudiando de noche ansiosamente el cielo: ora alentado con dulces esperanzas, ora devorado de in-

quietudes, miliendo los mares como palmo á palmo, rodeado á cada paso de obstáculos, no siendo el menor el de luchar á cada instante con el desmayo, con el terror de sus propios compañeros, que viendo inútiles sus súplicas, le quieren obligar con amenazas á volver las proas hácia las playas de la patria. Un dia mas, y el fruto de diez y ocho años de meditaciones se vé perdido para siempre: un dia, y el Nuevo Mundo queda ignorado por algunos siglos mas del viejo continente. Pero en el espacio de este dia aparece el Nuevo Mundo á los ojos de los navegantes que hacia unos momentos estaban abatidos, consternados. Se vé la tierra suspirada, la India que el gran descubridor devora con sus ojos; solo él pudiera espresar el arrebató de su júbilo en tan feliz instante ; El mundo nuevo! Todo son maravillas desde entonces, las maravillas de las mismas cosas. El aspecto del pais, las producciones, los hombres con especialidad, todo deja atónitos á los navegantes: el asombro es mútuo. Redobla el ardor de Colon con tan feliz ensayo, se aumenta su afan de descubrir á proporcion que nuevos objetos y paises se ofrecen á sus indagaciones: en todos imagina realizado su sueño de tocar á las regiones de la India; el nombre de indios que dá á los habitantes, presenta un testimonio de sus ilusiones, y aun no habia puesto el pié en el inmenso continente americano! Con qué interés se sigue á este hombre en sus expediciones, confiado y desconfiado de haber llegado al pais del oro, de las piedras preciosas, de las especias y perfumes, mas alimentado siempre con el gran sentimiento interior de haber descubierto inmensas posesiones. Pero ni esta gloria, ni los homenages que recibe de sus mismos reyes cuando pasa á Europa á darles cuenta de sus descubrimientos, ni la fama ocupada de tantas maravillas, bastan para curar las heridas que imprimen en su mente las ingratitudes de sus propios compañeros y subordinados, los escesos á que se abandonan, comprometiendo los mismos intereses de la civilizacion que es su ídolo, y las infracciones de disciplina, de que es víctima á veces su persona propia. La envidia mientras tanto sopla en Europa su aliento ponzoñoso : grandes personajes de la corte de Isabel,



se declaran enemigos suyos : la acogida que se le hace á su segunda vuelta no es tan halagüeña como la primera: los socorros que se le dan para coronar la empresa son escasos ó inadecuados á tan grande objeto ; pero Colon no deja de volar al teatro de sus fatigas donde le aguarda nueva gloria , nuevos padecimientos y tribulaciones. Tiene la dicha de ensanchar en este viaje los límites de su descubrimiento. De isla en isla, se acerca cada vez mas al gran continente americano: la de la Trinidad es la última que descubre por aquella parte. Colon avanza mas y llegado al golfo de Paría, pone al fin la planta en las playas de aquellas inmensas regiones, que estaban destinadas á no llevar su nombre !

Noticias tristes que llegan á su oído del estado de la Colonia le obligan á dejar por entonces el nuevo teatro de su gloria. A su llegada á la isla española, la encuentra teatro de disturbios, de disensiones intestinas, de ataques violentos y de sangre. Se ve desconocida abiertamente su autoridad entre los suyos ; atacada su libertad personal; su vida amenazada, mientras las enfermedades le agobian y en ocasiones le dejan paralítico. Mas su heroica resignacion estaba á prueba de tan crueles contratiempos : por medio de negociaciones se deshace de los hombres turbulentos que al fin parten para Europa, donde darán nuevo pábulo á la envidia y odio de sus enemigos. Colon gusta al fin algun descanso despues de tan recias tempestades y se ve espedito para correr nuevamente á donde le llaman las inspiraciones de su genio. Oigamos al historiador: « Ademas trataba de establecer en Paría un fuerte con su factoría para el rescate de las perlas. Recreado en semejantes ideas, comenzaba á gustar el fruto de sus dignos trabajos, creyendo haber puesto las cosas en estado que no podia menos de satisfacer á los reyes y triunfar de sus enemigos. Pero cuán fallidas son las cuentas de los hombres! Podria haber un mes que respiraba despues de tan prolijos trabajos, y cuando pensaba ser llegado el momento de descansar y gozar el premio merecido, entonces vino el golpe mortal que acibaró todos los días de su vida.» (Su prision sin

duda, y las cadenas de que cargado se le traslada á Europa.)

Con estas palabras termina la obra de Muñoz, es decir, el primer tomo y único que poseemos publicado. Le arrebató la muerte cuando preparaba para la prensa su segundo. Basta sin duda esta muestra para la gran reputacion del escritor, para que se lamente, el que haya sido tan fatalmente interrumpida una produccion que tan concienzudamente elaboraba. La relacion es sencilla, clara y metódica: su estilo natural fácil, abundante y puro sin resabios de afectacion, sin ninguna mancha de vulgaridad y de bajeza. En todo su contesto se ve un hombre laborioso que solo se dedica al cultivo de la verdad, que emplea los documentos que tiene á la vista con discrecion y crítica, y que no se afana por exhibir pinturas y descripciones maravillosas, confiado en que solo bastan los hechos para dar á su narracion el carácter mas interesante. Todo es natural, posible y muy probable: los acontecimientos se esplican claramente: los caracteres se sostienen, y los colores sencillos con que el historiador retrata al ilustre navegante, bastan para hacer de él una figura colosal que cautiva la admiracion en medio de las formas modestas con que le reviste. Colon es en efecto el tipo, el modelo, la personificacion del navegante, del descubridor de las épocas modernas. De cuantos visitaron, exploraron y domaron regiones en aquel inmenso continente, es acaso el único en cuya página de gloria no se ve sangre ni ferocidad, ni crueldades que la empañen. Al genio sublime del que descubre el nuevo mundo, se iguala el celo porque se respeten las leyes de la humanidad, porque caminen en pos de él las luces de la civilizacion, porque el europeo no domine menos allí por sus virtudes, que por la superioridad de su saber y las armas que maneja. Al nombre de Colon se eleva el alma, como al de todos los que han abierto nuevas sendas á la ciencia, nuevos blasones á la inteligencia humana. Cuantos despues de él han caminado por igual senda y explorado el globo en varias direcciones, no han tenido mas gloria que la que cabe á los que vienen despues

de los grandes inventores; la de ceder al impulso arrastrador de un grande ejemplo.

Hace mas de medio siglo que está sin continuar la historia del Nuevo Mundo, de Muñoz: digamos mas bien que este magnifico edificio, cuyo plano está trazado, apenas ha salido de cimientos.

Concluyó Conde la suya; la de la dominacion de los árabes en España, aguardada y apetecida por cuantos deseaban enterarse á fondo de este pueblo singular, que dió leyes en mas ó menos vastas regiones de esta península por espacio de cerca de ocho siglos. Nosotros no los conociamos mas que por sus guerras con los príncipes cristianos; por las conquistas que se hacian de una á otra parte, por esta gran lucha nacional, en fin, de una duracion sin ejemplo en los anales. De su carácter, de sus costumbres, de la índole de sus empresas, de las guerras intestinas que los dividian, de la formacion de sus diversos estados, de las dinastías que alternativamente ocuparon nuestro suelo, del estado de su civilizacion en sus diversos ramos, teniamos nociones aisladas, é inconexas. Fué otro de los individuos de esta Academia el que llenó un vacío que con razon notaban los hombres de buen juicio. Satisfizo don José Antonio Conde sus deseos con el cuadro completo de este pueblo singular por lo que pertenece á nuestra España, tomándole en su origen, explicando el carácter de sus instituciones, y cómo al impulso de una nueva religion y al del genio del hombre que le hizo conocido en el mundo, á los pocos años que cuenta de historia, ya deslumbra. Apenas estan frias las cenizas de Mahoma, cuando guiado como por su sombra, llega hasta el Eufrates, amenaza los muros de Constantinopla, se apodera del Egipto, y somete en seguida á su yugo todo el Norte del Africa hasta el Occéano. La conquista es su dogma religioso; el fanatismo, el auxiliar de su valor; el fatalismo, su creencia; ¿qué alicientes faltaban á la ambicion y á la codicia? Sobre Europa debieron de fijarse sus miradas: un pequeño brazo de mar los separaba de sus playas: el imperio godo gigante, medio postrado bajo el cetro de sus últimos reyes, aguijonea la

sed de los conquistadores: la traicion abrió sus puertas y la invasion musulmana se consuma. Una batalla sola decide esta contienda, y si en las orillas del Guadalete no perece toda la monarquía goda con su rey, ya es inútil para sus miembros esparcidos toda resistencia. Casi toda la Península sucumbe en muy pocos años al yugo de los árabes; pero esta dominacion no lleva el sello de mas ferocidad que la cartaginesa, la romana y la misma goda, sobre cuyos escombros se establece. Combate Conde el error de los historiadores de que los dueños nuevos de la Península lo hubiesen llevado todo á sangre y fuego, no dejando por donde pasaban mas que devastaciones y esterminio. Hartas crueldades y violencias de toda clase acompañan las conquistas; mas no era, no podia ser la índole de las de los árabes, el reinar solo sobre ruinas. Su política fué la misma en España que en otras regiones vencidas por su espada: la servidumbre, ó el tributo, ó el abrazar el Coran, estaba escrito en sus banderas. Las capitulaciones con diversas plazas que sostuvieron un sitio contra los dominadores, dan testimonio de esta verdad, tan en contradiccion con los cuadros exagerados que se hicieron de aquella inundacion del nuevo género. Impuesto el tributo, fueron las propiedades respetadas: no se obligó á los vencidos á renunciar al culto de sus padres, y si con el tiempo en varios puntos de España hubo persecuciones religiosas y se tiñó el suelo con sangre de mártires, se debió á otras causas, y no á los principios políticos ó de secta, de los musulmanes.

Atenido Conde al solo objeto que dá el título á su obra, sigue las huellas de este pueblo en los progresos de su dominacion, en los establecimientos que forman en toda la Península, en las disensiones y rivalidades que desde el principio los dividen. El espíritu de conquista los anima, sin embargo, hasta tal punto, que á los veinte y dos años de su entrada en España, los vemos cruzar los Pirineos con huestes formidables, y llegar hasta las márgenes del Loira, donde los destroza Cárlos Martel, quedando muerto su caudillo en el campo de batalla. Restituidas á España las reliquias de su ejército, vuelven los árabes á

verse despedazados por sus antiguos ódios, por facciones que encuentran mas ó menos favor en la corte tan lejana del califa. Comenzaban entonces los cristianos del Norte á inspirar serias inquietudes. No ven los árabes de España mas medio de salvacion que formar aquí un solo Estado con independencia absoluta del imperio. Una revolucion acaba de precipitar de aquel sòlio á la dinastía de los Omeyas, reemplazada por los Abasidas. Un príncipe de la familia proscripta se sustrae por medio de la fuga á la matanza que la amenazaba toda, y despues de varias vicisitudes y peligros viene á España, donde los árabes le aclaman rey y saludan como vicario del Profeta. Sucede esto pasada ya la mitad del siglo VIII, cuarenta años despues de la primera invasion en la Península. En Córdoba se establece la silla de este nuevo califado, que en esplendor y magnificencia rivaliza con el del Oriente. Y no diré nada, señores, de este imperio, cuyo cuadro magnífico há pocos dias ha sido trazado por dos académicos en este mismo sitio.—Duró poco menos de tres siglos y cayó, por lo que puso fin á todos los establecimientos de los árabes, á saber: sus discordias y guerras intestinas. En tan largo período se engrandecen los estados cristianos; la fortuna de la guerra los favorece mas que á sus rivales. Leon, Castilla, Navarra, Aragon, ensanchan cada dia sus fronteras, y cuando desaparece el imperio cordobés, los separaba el Tajo de los musulmanes. Sobre las ruinas de dicho imperio se establecen jefes independientes armados muchas veces unos contra otros. Abre sus puertas á las armas de Alfonso VI de Castilla la plaza fuerte de Toledo, principal silla del antiguo imperio godo, y los árabes de España estremecidos con tan funesta nueva, se ven precisados á implorar de los auxilios de sus hermanos de Africa. Vienen á la Península en alas de su ambicion y fanatismo los terribles Almoravides, que en aquellas regiones acabau *de formar un nuevo imperio*, y vengán en los campos de Uelés la caída de Toledo. Mas desaparece pronto su dominacion ante la mayor ferocidad de la nueva dinastía de los Almohades, vencedores en Alarcos, vencidos en las Navas de Tolosa. Es en-

tonces cuando se reproducen con nuevo brillo las famosas lides que habian distinguido desde los principios aquella contienda encarnizada; cuando Fernando III de Castilla pone sus banderas victoriosas en las torres de Córdoba, Jaen, Sevilla y Murcia; cuando Jaime I de Aragon liberta del yugo sarraceno el territorio de Valencia, y estiendo hasta las Baleares sus conquistas. Desaparecen á su vez los Almohades de aquel gran teatro, y con los restos de tantos estados destruidos se forma el nuevo reino de Granada, en cuya capital se reproducen todo el lujo y magnificencia y esplendor de Córdoba. Mas no es ya posible tan reducidos dominios hacer frente á todos los príncipes cristianos. Si subsiste por mas de dos siglos, lo debe á las discordias que á estos agitan, á las guerras y facciones intestinas que despedazan sus estados. Cuando Castilla y Aragon se ven como reunidos bajo un mismo cetro, cuando se restablece la paz interior en sus dominios, es inevitable la ruina de Granada. Esta última guerra no es la que llama menos la atención por su importancia, por el modo con que se conduce, por ser la en que el arte militar despliega mas recursos y da mas testimonios de progresos. De batalla en batalla, de plaza en plaza, se ve el imperio granadino reducido á los muros de su capital, y aun asi son precisos mas de cinco meses de trabajos y combates para que se consume la postracion completa en España del estandarte de la media luna.

Todo este gran cuadro de cerca de ocho siglos de conquistas, de revoluciones, está trazado por Conde, con claridad, con método y con orden. Se ve en él un sábio laborioso y entendido que se afana por dar culto á la verdad, por despojar la historia de las fábulas y errores que la afean. Ni en España, ni fuera de ella existia trabajo tan completo de una dominacion que en tan largo período constituye la mitad de nuestra historia. Desde la publicacion de su obra, figura el nombre de Conde en el catálogo de los sábios de Europa, de quienes fué acogida con todo el aprecio de que es digna. En su fuente bebieron los que despues caminaron por la misma senda. Si algunos trazaron cuadros mas animados, de mas brillante colorido, ninguno ofrece mayor te-

soro de conocimientos. Es ya muy difícil escribir bien la historia de España, sin estudiar la de la dominacion de los árabes en ella.

Se vé en los árabes un pueblo nacido ó destinado, por las circunstancias en que le colocó Mahoma , para hacer invasiones, rápidas conquistas, para deslumbrar y aterrar al mundo con lo impetuoso de sus espediciones ; mas de poca consistencia de carácter , sobrado volátil y ligero para ser fiel á los principios de su dominacion, para fundar establecimientos permanentes. Desde que se ven señores de España, se dividen y se disputan sus despojos; si discordias pasageras desunen á los príncipes cristianos, se puede decir que son un fuego permanente entre los árabes. Dependientes de los califas del Oriente, como fundando ellos mismos un imperio, se les ve eternamente agitados de sus rivalidades, proponiendo el gran objeto de formar un cuerpo de nacion á sus individuales ambiciones. El pequeño reino de Granada no se ve menos agitado de revueltas, de sangrientas convulsiones, que el vasto imperio cordobés; y las dos razas formidables que vienen de Africa en auxilio de sus correligionarios españoles, desaparecen como el humo. Sabian los árabes vencer y no fundar, y esto explica lo fugaz de su dominacion, y que fuera de algunos paises de Africa, ningun pueblo puede hoy llamarse descendiente suyo. Aun en España, donde dominaron por mas tiempo, se puede decir que iba envuelto en sus conquistas el gérmen de su decadencia.

Huellas importantes, ademas de su culto religioso que aun domina en tantas regiones de Asia y de Africa, dejaron de su aparicion sobre la tierra; y estos no son el rasgo menos importante de la historia de los árabes. Que pueblos belicosos y fanáticos venciesen y conquistasen, era un espectáculo de que la historia suministraba mil ejemplos. La decadencia de las naciones que los rodeaban, explica por otra parte la facilidad con que la sometieron á su yugo; mas que en medio de sus victorias y espediciones cultivasen las ciencias y las artes hasta el punto de ser los primeros en ilustracion entre todos sus contemporáneos, es lo que no puede menos de llamar la atencion de los hombres pen-

sadores. Ignorantes fueron los romanos en sus gloriosos dias de conquistas. Las artes, las ciencias y literatura en que florecieron despues, las debieron por lo general á los griegos vencidos que fueron sus maestros. De los romanos vencidos, tomaron asimismo lo poco que alcanzaron en civilizacion los bárbaros del Norte. Tuvieron los árabes la gloria distinguida de enseñar y de vencer al mismo tiempo. «En los siglos de la mayor ignorancia de Europa, dice el mismo Conde, cuando en ella solo sabian leer los obispos y los abades, eran doctos los árabes, así de Oriente como de Africa y España.» Tambien nos dice que Alfonso el Sábio, á quien tanto auxiliaron en sus trabajos astronómicos, mandó establecer escuelas donde se enseñase el árabe; que protegió este estudio; que se publicaron en su tiempo y en los sucesivos traducciones de algunos de sus libros; mas que preponderaban tanto el desprecio y ódio de los cristianos hacia el pueblo invasor, sobre todo á su secta religiosa, que alcanzó la proscripcion á sus artes y literatura. Mas ni este desprecio ni este horror quitaron á los árabes la gloria de haber sido sábios, literatos, artistas eminentes, inventores ó propagadores de muchos descubrimientos ingeniosos, de haber introducido en Europa el álgebra, y segun la opinion de muchísimos, la pólvora; de haber alcanzado grandes progresos en la química; de haber fundado escuelas de todo género; de medicina, de jurisprudencia, de astronomía, en que fueron eminentes; de haber sido restauradores de algunos libros de la antigüedad que se daban por perdidos. ¿Y qué pueblos de España donde hicieron su mansion por algun tiempo no presentan monumentos de su industria, de sus luces y magnificencia? ¿Quién no los admira, sobre todo, en Toledo, en Sevilla, en Valencia, en Córdoba y Granada?

Conde es mas compilador que historiador: él mismo lo declara así en su prólogo: «Esta historia, dice, de la dominacion de los árabes en España, está compilada de varias memorias y libros arábigos escogidos, antiguos y acreditados, y me he propuesto decir lo que ellos refieren, haciéndolo casi siempre con



sus mismas palabras fielmente traducidas. Así, al mismo tiempo que se ven los hechos de aquella nacion, se puede conocer el genio de que usan para historiarlos. He omitido si las referencias, las tradicciones en que los árabes fundan sus narraciones por escusar la molestia y prolija cadena de sus historiadores, sus nombres, apellidos, patria y demas circunstancias que espresan ellos á la larga y á cada paso.»

Hé aquí lo que en mi opinion realza el mérito del trabajo, y hace que su obra sea tesoro de conocimientos útiles. Con el tino crítico de elegir entre estos libros los mas instructivos, los que aparecian mas libres de fábulas, los que merecian mas asentimiento de los hombres de buen juicio, dió al lector motivos racionales para prestar á los principales hechos aquel crédito que comporta la naturaleza de la historia. Y ¿dónde mejor que en sus libros se pueden estudiar los usos, costumbres, estado de las luces y mas particulares que constituyen la indole de un pueblo?

Tambien Conde fué arrebatado por una muerte prematura á sus trabajos literarios. A falta de otro monumento fuera de sus obras, vivirá su nombre en la sentida elegía que le consagró Moratin; noble efusion de la amistad, una de las mas felices de tan grande ingenio.

El tercero, señores, de que me he propuesto hablar, parece vivir aun en el seno de la Academia; tan reciente es su pérdida, tan gratos y sentidos recuerdos ha dejado á esta corporacion, de que fué digno presidente. Pocos trabajaron con tanta constancia, con tanta utilidad en promover los adelantamientos de la ciencia. Hay hombres destinados por la naturaleza á suavizar esta senda, á limpiarla de escombros y malezas, á cubrirla hasta de flores muchas veces. Tales son los eruditos, los anticuarios, los que se engolfan en el mar de archivos y bibliotecas, ahorrando tanto trabajo al escritor, para quien sin ellos serian hasta imposibles sus tareas. Al número de estos hombres útiles y raros, perteneció don Martin Fernandez Navarrete. Dedicado á la marina desde sus primeros años, distinguido en

ella por su aprovechamiento en cuantos ramos de saber la constituyen, por su valor y disposicion en algunos lances durante su corto servicio activo en ella, se dedicó esclusivamente á donde le llamaba su grande inclinación, al cultivo de las letras. Oficial del ministerio de Marina, secretario en seguida del almirantazgo, director del depósito hidrográfico, encargado de muchas comisiones científicas, individuo de varias academias, senador del reino durante dos ó tres legislaturas, se puede decir que consagró una vida de 79 años á promover los intereses y adelantamientos del saber; á explotar en ocasiones el campo ameno de la literatura, en que era tan inteligente. Su coleccion de viajes y descubrimientos, donde se insertan mas de cuatrocientas memorias, será siempre, como ya lo ha sido, un tesoro para cuantos se dediquen al estudio de la América y cultiven el terreno de una historia, que ocupará por mucho tiempo las plumas de los sábios. No hallará el lector menos alimento de instruccion en sus memorias biográficas, dedicadas á personajes que han figurado en el mundo político y militar, escritas en estilo claro y fácil, castizo y correcto, como correspondia á quien era asimismo uno de los mas dignos individuos de la Academia de la lengua. A su pluma se debe una de las mejores vidas que se han escrito de Cervantes. La biblioteca de la nacion española marchará siempre por su grande importancia, en seguida de su coleccion de viajes y descubrimientos. Le cogió la muerte publicando la coleccion de documentos inéditos para la historia de España, en que tuvo por colaboradores á dos sábios académicos que aun la continúan.

Entrar en mayores pormenores sobre los trabajos de este sábio seria hasta inútil delante de una corporacion que á todos ellos ha tributado el aplauso que merecen. Materiales preciosos dejó para la historia, quien fué uno de los grandes ornamentos de la academia de este nombre. Ejemplos grandes que imitar, él y los demas académicos que le precedieron en tan ilustre senda, á los que hoy se adernan con el mismo título. Grandes é importantes trabajos aguardan todavia á los que explotan este

campo de la historia; inagotable, como el de todas las indagaciones que nutren la llama del entendimiento. Infinitos materiales aguardan la mano que los ponga en obra. Cada dia salen del polvo de las bibliotecas y archivos, documentos nuevos; cada dia se descubren monumentos materiales que difunden nuevas luces sobre pueblos que existen, y otros que ya desaparecieron de la tierra. Cada dia se agranda mas el campo de la sana critica. Si es ya tan difícil, superar en habilidad y en genio á los grandes escritores que este ramo cultivaron; es posible rectificar errores inevitables en que han incurrido; añadir hechos importantes que se ocultaron á sus indagaciones; aumentar la masa de los conocimientos, y ofrecer en todo cuadros mas fieles de los hechos de los hombres. En tiempos anteriores apenas entraban en ellos mas que guerras, revoluciones, todo género de calamidades, poco á poco se fueron incluyendo en su dominio las artes, las ciencias, la literatura, la legislatura, la política, todos los progresos de la humanidad, todos los descubrimientos, destello de su genio. Porque la historia es todo el hombre; porque su significado apenas tiene límites; y la prueba de esta gran verdad, es que hasta con el nombre de historia se designa el estudio y descripción de la naturaleza.

Dos palabras, señores, y concluyo. La historia fué objeto favorito de estudio de los españoles en todos tiempos, no menos durante la dominacion romana, que en la goda, que en la árabe, que en la de la edad media, bajo el cetro de los príncipes cristianos. Grandes fábulas deslucen sin duda sus composiciones; mas es dado á pocos hombres dejar de doblar el cuello al yugo de su siglo. Conforme se acercaba la época llamada del renacimiento redoblaban sus esfuerzos los escritores dedicados á tan fértil ramo: el descubrimiento y conquistas en el Nuevo Mundo aumentaron prodigiosamente nuestro tesoro en este género; y por la misma senda, aunque á otros varios objetos dirigidos, caminaron con distincion y brillantéz nuestros historiadores durante el gran siglo XVI, que no se sabe si merece el título de siglo de las artes ó siglo de las ciencias, ó si siglo de la gloria mili-

tar, ó siglo de los descubrimientos y navegacion, ó siglo de las contiendas religiosas; tan variado en sus figuras se muestra este gran cuadro. Permítame la academia añadir, que á este siglo dimos los mas grandes capitanes, los mas grandes marinos, los mas grandes descubridores y conquistadores, y con algunas escepciones los primeros artistas, los primeros literatos, los primeros poetas, sin que entre tantos españoles como cultivaban el saber humano, campeasen menos ventajosamente los historiadores. Con este recuerdo, que no califico, mas de que no es dado á español alguno el desprenderse, daré, señores, fin á mi escrito, débil, mas sincero tributo de agradecimiento á la Academia de la Historia, en cuyo seno he tenido la honra de leerle.





# **CONTESTACION**

**AL DISCURSO ANTERIOR,**

**POR**

**EL EXCMO. SR. BARON DE LA JOYOSA,**

**ACADEMICO DE NUMERO.**





## SEÑORES.

**S**i no produjesen estas solemnes recepciones otro fruto que el de presentarse en ellas con maestría y suma inteligencia las cuestiones y puntos principales de nuestra historia patria, ante nosotros, en una reunion tan brillante y escogida y á la faz del público, por las personas elegidas para formar parte de nuestra Academia, dando al mismo tiempo idea de sus conocimientos históricos y de su mérito, fuera esto bastante para comprender su importancia y para congratularnos cada vez mas de que los nuevos Estatutos hayan sustituido este nuevo método de dar la investidura académica al modesto que antiguamente se hallaba establecido, en armonía entonces con el espíritu de la pasada época, menos conforme hoy con las exigencias de la en que vivimos.

Prueba de esto es el discurso que acabamos de oír, bastante para formar idea de nuestro elegido, si no tuviese muy de antemano acreditado quien es como historiador, como militar, como hombre de gobierno; si no se supiese cuánto vale y cuan capaz es de auxiliar nuestros trabajos con asiduidad y celo una vez hecha esta especie de profesion, esta promesa pública de concur-



rir con sus luces á llenar el objeto de nuestro Instituto, y de responder á los votos del cuerpo que lo ha elegido; distincion que aprecia en todo lo que vale, y la acepta con la mas firme y decidida voluntad.

Penetrado de estos sentimientos, tan modesto como ilustrado, se presenta hoy ante nosotros con cierta desconfianza de sí propio, que es el mejor distintivo del hombre sábio, como dudando del asunto que debia elegir para llamar la atencion de la Academia, escitar su curiosidad y satisfacer su gusto delicado, habiendo dado la preferencia con mucho acierto á presentar nuestro Instituto tal cual es y en toda su importancia, á tratar de su objeto, de sus producciones, de la luz que estas han difundido, de los bienes que es capaz de producir, de sus mas notables miembros y de tres que han merecido su atencion con particularidad por sus escritos y por los trabajos que hicieron en la última época.

Llamado yo á este campo, bien ageno de que pudiera en él caberme parte, cansado un tanto, falto de medios brillantes de persuadir, agradar y conmover, parecia que el honroso cargo de contestar al discurso que acabamos de oír, pudiera haberse cometido á quien pudiera hacerlo con mas acierto. No esquivaré sin embargo el llamamiento; por el contrario, lo acepto con satisfaccion, porque no pudiendo desentenderme de los puntos que abraza, me dá ocasion de pagar, aunque en humilde y llano estilo, del que no me es permitido salir, un tributo de gratitud á este ilustrado Cuerpo, al que tanto he debido en el espacio de mas de treinta años, haciendo una ligera reseña de lo que ha sido desde su origen, de lo que ha hecho y de lo que es capaz de hacer, y de algunos de sus miembros que mas honor le han dado y mas han concurrido á llenar sus fines, dejándonos abierto un buen camino, muchas obras principiadas, grandes ejemplos que seguir y materiales abundantes para concluir las y emprender otras nuevas con ventajas y auxilios que ellos no tuvieron.

El proyecto concebido por algunos hombres eminentes del

glorioso reinado de Felipe V tan provechoso para las letras, de escribir la historia de España purificándola de fábulas y errores, acogido benévolutamente por aquel monarca, que desde luego conoció su necesidad de importancia, comenzó á ponerse en ejecucion en este mismo sitio con todo el ardor con que se conducen las grandes y útiles empresas, por los que tuvieron el atrevimiento de crearlas.

Su empeño para entrar en esta obra colosal se deja ver en el aparato que desde luego acordaron publicar, precedido de un discurso general sobre la geografía antigua y moderna, historia natural, cronología, primer poblador, la lengua primitiva, las reglas críticas en comun, las medallas, las inscripciones, privilegios y demas monumentos fijos de la historia, los cronicones verdaderos y falsos, y el método que debia observarse en estos trabajos. Reconocióse ademas la necesidad de formar un diccionario crítico universal de España: se distribuyeron asuntos escogidos para formar disertaciones, se designaron á peticion del cuerpo hombres eminentes para que recogiesen en todos los archivos del reino todos los documentos y noticias que consideraran convenientes, figurando en primera línea el P. Burriel, Perez Bayer y Velazquez, habiendo producido sus viajes y sus investigaciones, la adquisicion de 15,664 documentos originales de la historia de España.—Publicóse el ensayo de alfabeto de letras desconocidas: se propuso por el señor conde de Campomanes, y aprobó, un índice diplomático con las reglas que debieran observarse para su formacion, habiéndose llegado á reunir por este medio hasta 60,000 cédulas. Se formó la instruccion para escribir el diccionario geográfico de España, imprimiéndose el interrogatorio, al tenor del cual se apresuraron todas las personas y corporaciones invitadas á dar las noticias convenientes, habiendo sido el resultado reunir abundantes y copiosos datos que todavía se conservan: se pensó en publicar la coleccion de autores originales de nuestra historia, que en vista y con presencia de códigos de grande autoridad habia formado el señor don Juan Bautista Perez, Obispo de Segorbe, que cedia gustoso á la Academia,

sin otra condicion que la de que hubiese de servir para formar una coleccion de historiadores originales de España, pensamiento propuesto al gobierno por este cuerpo, y que desgraciadamente no fué atendido. Se reunieron todos los cronicones y crónicas de que pudo tenerse noticia, y examinaron con esmerada escrupulosidad, y en fin, se adquirió la riquísima coleccion diplomática de Mateos Murillo que de real órden se mandó pasar á la Academia, y contiene 525 volúmenes en fólío, cuarto y en octavo.

Vino una segunda época, en 1792, en la cual se creyó conveniente hacer una reforma de los Estatutos, renovándolos como decia en su memoria trienal nuestro dignísimo director el señor Navarrete, «cuando empezaban á propagarse los principios de órden y de justicia para conciliarlos con la prudente libertad que dan las leyes á quien las observa.» A beneficio de aquella reforma los trabajos académicos se hicieron con mayor regularidad y mas grande fruto, y á ellas se deben la rectificacion de la cronología, la de geografía, el arreglo de las colecciones litológicas y numismáticas, el aumento de la Biblioteca, el del monetario, las investigaciones arqueológicas, los viajes literarios, la multitud de memorias que se formaron, el arreglo de los cronicones y crónicas, el principio de la ejecucion del Diccionario geográfico de España, la formacion de colecciones diplomáticas, el amontonamiento de riquezas que en grande copia fueron depositándose en nuestros archivos, suficiente sin duda para presentar la historia de nuestra patria con todas las condiciones necesarias, si los trabajos de los ilustres académicos de aquel tiempo hubieran sido apreciados en su justo valor, y protegidos debidamente por el gobierno; pero ambas á dos épocas pasaron casi en la oscuridad, y fuera de las memorias, y de algunas otras producciones, no muchas en número, que á duras penas vieron la luz pública, las tareas académicas tuvieron el mérito de ejecutarse en la oscuridad, sin que su importancia y multitud, así como la utilidad de grandes proyectos del cuerpo elevados al gobierno en aquella época, sirvieran de nada para aprovecharse cual se debia de ellos, y solo para atestiguar el amor ardiente de los

individuos del mismo por corresponder á su objeto, sin entrar jamás en desaliento por lo escaso de la consideracion que se le dispensaba, y por la triste huella que en su ánimo debia producir el sentimiento de que sus trabajos y escritos fueran á tomar el polvo de los archivos, esperando les llegase el turno muy incierto de ser conocidos y de ocupar su lugar que les correspondia en el mundo literario.

Este fatal destino ha sido como el patrimonio constante de nuestra Academia, y si se consultan sus registros y los discursos trienales de sus directores, acaso no se verá uno solo en que no se lamenten de este desamparo, cuyo primer efecto fué el de que se pensase por algunos equivocadamente que la falta de publicaciones útiles consistia en la Corporacion, y el que muchos de sus individuos prefiriesen entonces y hayan preferido despues, el publicar *privadamente* y en nombre suyo las obras que en otro caso quizá hubiesen salido de aquella.

En medio de todo la Academia jamás perdió de vista su objeto, y el resultado fué formar una preciosa coleccion diplomática en que se reunen multitud de documentos originales, sin los cuales no es posible fijar ni ilustrar los hechos dudosos de nuestras antigüedades civiles y eclesiásticas, ni combatir ni disipar las fábulas que obscurecen la luz de la verdad, ni ha perdonado diligencia ni gasto alguno, á pesar de la escasez de sus fondos, para buscar y adquirir de todos los archivos y bibliotecas cuantos diplomas, cronicones y códices históricos podian conducir á tan importantes designios.

Fruto fueron de las grandes é incalculables tareas de los académicos y otros literatos las colecciones del señor Velazquez, la del P. Sobreyra y Salgado, la del señor Guseme, la del señor Sans y de Barutell, la del señor Abad y la Sierra, la de privilegios y escrituras de la iglesia de España, la del señor Traggia, la del señor Horanes, la del cronista Pellicer, la de don Juan Bautista Muñoz, la del señor Abella, la del señor Marina, la del señor Sampere y Guarinos, la del señor Vargas Ponce, las cuales con la diplo-

mática de Mateos y Merino, ascienden á 826 volúmenes. Cuau grande sea esta riqueza, de cuanta utilidad para la formacion de la historia de España, para cuantos y cuan grandes fines pueda servir ademas, es ocioso decirlo. Solo en el dia en que esta rica mina llegue á explotarse con discreta y sábia eleccion, y se dé el lugar conveniente á los tesoros que encierra aplicándolos oportunamente, se verá su inestimable precio, y la alabanza que merecieron sus autores, asi como los académicos que se ocuparon constantemente en los multiplicados trabajos que hicieron en las cuatro Secciones ó Salas en que se dividió la Academia por el nuevo reglamento de 1792, para llenar su respectivo objeto, á saber: el exámen y juicio de los escritos que posee la Academia con el fin de escojer y ordenar lo que se hallase digno de luz pública, la geografia de España y formacion del diccionario, el cumplimiento de cronista mayor de Indias, y las antigüedades y cronología.

Largo fuera enumerar lo que en este largo período trabajaron los académicos consagrándose al exámen de la verdad histórica con paciencia, como dice muy exactamente el señor don Evaristo San Miguel, y con perseverancia, estudiando códices y monumentos, libros é historias diversas, y examinando las costumbres, las ideas y los opiniones mas dominantes en diferentes épocas para establecer los hechos, tales como satisfacen mejor á los hombres de sana razon, y deducir las mas verosímiles conjeturas en medio de la oscuridad, auxiliados de la mas severa crítica, empleando para ello vigiliyas y fatigas áridas y de gran trabajo; obra larga fuera y agena de los límites de su discurso y el mio; pero entre todos han llamado mas particularmente su atencion tres que presenta como principio, medio y fin del siglo en que vivimos, á saber: don Juan Bautista Muñoz, don José Antonio Conde y don Martín Fernandez Navarrete, los cuales, ciertamente corresponden á la idea que se ha formado y que tan fiel y brillantemente nos trasmite cuando analiza sus obras formando su fecunda imaginacion una bella y poética pintura, describiendo sus tareas, elogiando singularmente la buena fé, la exac-

titud y conciencia con que han procedido en los trabajos históricos que nos han dejado, realzando con los mas vivos colores dos grandes hechos de nuestra historia patria, el descubrimiento del Nuevo Mundo, y la época de los árabes durante su dominacion de cerca de ochocientos años.

Nadie puede poner en duda las relevantes prendas del señor Muñoz, caracterizado por su esmerada diligencia en recoger documentos para la historia de América, distinguido por su fino tacto, por su acertada eleccion, por el lugar que supo darles en la ordenacion, por el uso que hizo de ellos, por su fina crítica, por la veracidad y estilo con que escribió el primero y único tomo que llegó á publicar, cuya lectura nos hace deplorar su temprana muerte, y el que esta nos haya privado acaso de la mejor historia de Indias que se hubiera publicado. Entonces se hubieran evitado acaso muchas otras de plumas extranjeras, que con menos buenos y fieles datos han dado á luz, y lugar con ellas á que sus preocupaciones, su animosidad contra nosotros, el deseo de menoscabar nuestras glorias en el descubrimiento del Nuevo Mundo, y lo que en él y por él hemos hecho desde que fué descubierto hasta nuestro tiempo, siendo la mejor respuesta el presentar los hechos tales como fueron en verdad, y por el mismo método con que lo hizo en el trabajo que diera á luz.

Pero si hubo la desgracia de que Muñoz desapareciese cuando habia apenas dado principio á su grande empresa; la rica coleccion que nos dejára compuesta de 135 volúmenes, la de viajes y descubrimientos de los españoles desde fines del siglo quince, el admirable libro que nos dejó nuestro dignísimo señor don Martin Fernandez Navarrete, obra bastante por sí sola para inmortalizar su nombre, que comprende las cuatro expediciones de Cristóbal Colon, los viajes de Magallanes y de Elcano, los de Loaisa, de Americo Vespucio, de Grijalba y otros muchos, sin hablar de la multitud de obras históricas que desde la muerte de Muñoz se han publicado en aquellas apartadas regiones.

El hecho portentoso del descubrimiento de un mundo nuevo

debido á España, era demasiado grande para no escitar dificultades, contradicciones, intrigas y las envidias con todas sus malas artes contra el primer descubridor, el inmortal Colon.

¡Bella página! una de las mas gloriosas de nuestra historia, que en vano han intentado manchar apasionados escritores, debida al saber, al genio, á la constancia imperturbable, al valor reflexivo de un hombre extraordinario, de todas partes y naciones repelido, solo en España acogido por los Reyes Católicos por el auxilio de dos humildes religiosos, primeros y eficaces móviles que sirvieron para desvanecer temores, superar obstáculos, presentar como hacible lo que á todos parecia el sueño de un hombre delirante, inclinar á Fernando é Isabel á apadrinar aquella empresa sosteniendo el celo, el ardor de aquel varon mas abatido ciertamente en las antecelas que en las embravecidas olas del Occéano, que en el fuego de las sublevaciones suscitadas por sus compañeros de viaje, que en los trabajos y miserias en que él se vió frecuentemente envuelto, que en las prisiones, cadenas y grillos, que aceptándolas con respetuosa sumision en vida, quiso llevar como un trofeo al sepulcro.

Timbre fué suyo tambien, y no pequeño, el gran desinterés de toda su vida, viviendo pobre en medio del oro, y de adquirir un mundo, y el que sus triunfos no fueran manchados con la sangre de sus semejantes, y el que todos los que despues de él vinieron no hayan hecho mas que seguir sus pasos para agrandar las conquistas, aunque no han sido tan fieles en imitarle en su humanidad, su amor á los pueblos conquistados, su ardiente deseo en inspirarles la religion, introducir los gérmenes de civilizacion y de costumbres, y en las demas virtudes que le caracterizaron.

A nosotros toca presentar por medio de documentos la verdadera historia de todos los hechos que ocurrieron en el Nuevo Mundo en la época de su descubrimiento, en la de la ereccion de poblaciones, poniendo en claro el modo con que fueron constituidas, la distribucion de terrenos, las encomiendas, los presidios, las leyes que se dieron para proteger los naturales y

atraerlos á los pueblos, los efectos que en ellos produjeron, la instruccion religiosa y civil, las leyes que se dictaron para proteger á los naturales contra la opresion de los pobladores, y á quienes se debieron principalmente, ó quienes fueron sus principales promovedores para destruir los abusos. Este importante trabajo para el cual tenemos en nuestros archivos muy copiosos y escogidos materiales, no es por cierto uno de los en que con menos fruto y gloria se está en el caso de emprender. Asi lo ha comprendido siempre la Academia mucho tiempo há, conociendo muy bien las obligaciones que sobre ella pesaban como Cronista de Indias por lo cual decia el señor Navarrete en su discurso trienal de 1840, que habia presentado varios papeles pertenecientes á la coleccion de manuscritos de Indias que pudo rescatar de manos de un extranjero y el tomo primero de la Historia de Indias de Oviedo, con las adiciones todavía inéditas hechas por su autor, que dispuesto para la prensa mas de doce años habia, estuvo espuesto á un estravío: pero la falta de medios impidió su publicacion. Y como continuase sin esperanzas de mejorar, habiéndose presentado una ocasion favorable durante mi segundo trienio de hacer el señor don Domingo del Monte á espensas suyas la impresion de esta historia general de Oviedo y de las quincuajenas del mismo, fué acogido con la mayor decision su pensamiento, ofreciéndosele todos los medios de cooperacion que pudiera dispensar el Cuerpo, facilitándosele materiales y recomendándolo al gobierno, pero por un incidente particular, no tuvo efecto tan útil pensamiento: mas hoy, cuando ya se ha conseguido lo que entonces no se tenia, obligacion es nuestra ejecutar lo que un particular se propuso, y hubiese llevado á cabo sin aquel obstáculo, lo cual cuando se vió que ya no podia por entonces verificarse me hacia decir: «Si esto no fuese asequible, deberá en mi » concepto entrar en los planes del Cuerpo, el hacer uso á su » tiempo de los ricos materiales y colecciones que posee, de los » cuales puede sacar el partido que á ninguna persona ni corporacion fuera fácil obtener.» Felizmente hemos dado principio á esta empresa, dando á luz una de las obras, la primera en ór-



den, que la Academia tenia preparada, y podemos abrigar la esperanza de que los esfuerzos reunidos de sus individuos, y los medios auxiliares que pueda adoptar, la pondrán en el caso de publicarse un día las de Indias, de un modo digno de la misma, y como se tiene derecho de esperar.

Precisamente coincidía con el descubrimiento de un Nuevo Mundo la destruccion del Imperio de los árabes, cayendo las torres de Granada, al propio tiempo que se levantaban las de aquellas remotas regiones llevándoles la luz del Evangelio. Maravillosa disposicion de la Providencia, la de que aquel pueblo que por espacio de cerca de ochocientos años habia dominado nuestra España, sucumbiese entonces ante el poder reunido y compacto de los españoles, que ya por fin conociendo sus intereses lograron arrojar al enemigo comun, completando una empresa que hubiesen llevado á efecto mucho tiempo antes, si el lugar que dieron á sus ambiciones y guerras intestinas lo hubiesen dado á destruir á sus conquistadores, recobrando el imperio que siglos antes nos habia sido arrebatado.

Parecía que los ochocientos años de ocupacion de los árabes, debian haber suministrado materiales muy abundantes á la historia para transmitir sus hechos y todo lo que debia ser su objeto; pero si este pueblo ilustrado debió escribir sus anales de un modo mas ó menos perfecto, mas ó menos ordenadamente, con mas ó menos crítica, bien en uno, bien en muchos libros, ello es, que á nosotros no han llegado de manera que puedan servir para formar una historia que merezca tal nombre, haya eso consistido en que no los hubiera bastantes, ó en la destruccion de sus libros y bibliotecas, por causas que no es de este momento enumerar, siendo muy pocos los códices que han podido salvarse. Es por tanto digno de todo elogio el que el señor don José Conde, pensase en darnos una historia arreglada de este pueblo que nos dominó por espacio de tantos siglos, dejándonos unas huellas que la dura mano del tiempo no ha podido destruir. Mucho debemos por lo mismo agradecerle este trabajo, el cual nos dá motivo para sen-

tir profundamente que las circunstancias de su vida le hubiesen apartado de este terreno, propio suyo verdaderamente, y en el cual hubiera sin duda dado cima á la grande obra de la historia árabe-hispana llegando á donde pocos hubieran podido alcanzar; pero arrastrado por las vicisitudes de una época tan fecunda en ellas, si se ocupó en acumular preciosos materiales, muchos de los cuales han desaparecido, ó se hallan en manos extranjeras, lo que nos dejó escrito y dispuesto por sí mismo con detenimiento y orden, nos dá una idea exacta de lo que pudo esperarse de él, y de lo que hubiera hecho si se hubiese dedicado exclusivamente y con la quietud que el sábio há menester para ocuparse en las tareas á que era llamado por su inclinacion, sus conocimientos de los idiomas orientales, su gran lectura de los códices que habia examinado no solo en el Escorial sino en el extranjero, su recto juicio y fina crítica, y la conciencia que se echó de ver en lo que nos ha dejado y podemos reconocer por suyo, que lastimosamente nos hace ver la desventaja con que se concluyó la parte que faltaba en su apreciable obra al tiempo de su fallecimiento. ¡Quién sabe si todavía es tiempo de recobrar sus manuscritos, y de sacar de los que la Academia tiene, datos importantes para dar mayor claridad á aquella historia, y rectificar muchos puntos de la nuestra, y para darnos ideas mas exactas de un pueblo tan digno de nuestra consideracion por mas de un título, del cual nos falta mucho que saber todavía!

Conocemos, es verdad, sus calidades principales, sus ideas religiosas, su carácter belicoso y ardiente, su ánsia por estender su dominacion, siguiendo los preceptos de su legislador, su genio, su natural instinto, su galantería, su ilustracion, su amor á las ciencias, su gusto por las artes, su poesía, los adelantamientos que hizo en la agricultura: todo esto lo sabemos como nos lo han trasmitido varios escritores de un modo distinto del que está en el caso de hacerlo la Academia, á la cual mas que alabar ni censurar, incumbe producir documentos y testimonios que comprueben los hechos de nuestros árabes, sujetán-

dolos á una severa crítica, teniendo en cuenta sus códices é historias relativas á la época de su dominacion, su gobierno interior entre sí mismos, sus impuestos, su régimen municipal, la administracion de justicia, su sistema en la agricultura, á la cual dieron ellos el primer lugar; los de riego y distribución de sus aguas, su comercio y ferias, sus modos de vivir en paz con los pueblos conquistados, teniendo una tolerancia que parece contraria á los preceptos del Corán; sus guerras, sus alardes, su lengua, con la que enriquecieron la nuestra, en la cual se conservan como un notable monumento de lo que fué aquel pueblo, las voces que mas conexion tienen con la prosperidad material, bienestar y comodidad de los pueblos; las séries exactas de sus reyes, los catálogos de los hombres grandes que tuvieron, historiadores, filósofos, médicos, naturalistas, matemáticos, astrónomos, arquitectos, jurisconsultos, y tantos otros que mantuvieron el depósito de las ciencias en aquella época tenebrosa, en la cual solo entre ellos, y en la oscuridad de los claustros, se conservaron los conocimientos que despues se trasmitieron á las generaciones sucesivas.

Conociendo la Academia la importancia de poner en claro la Historia Arabe-Hispana, no perdonó medio ninguno para poder un dia llegar á conseguirlo. A este fin hizo desde un principio cuanto estuvo en su mano, á pesar de la cortedad de los medios con que contaba, aprovechando las ocasiones que se le presentaron para adquirir códices, monedas, inscripciones y toda clase de documentos arábigos, y de interpretarlos por medio de sus anticuarios y de varios de sus miembros versados en los idiomas orientales, muy conocidos en la república de las letras; y á principios de este siglo trató de explotar la riqueza de la biblioteca del Escorial, sacando copias y escerpas de los muchos códices que allí se han preservado. Buscaba entre ellos los libros geográficos é históricos que pertenecen á España y á los sucesos acaecidos en ella durante la dominacion de los árabes, la sucesion de sus dinastías, y los príncipes de cada una; la estension de su poder dentro y fuera de la Peninsula; las costumbres de

aquellos tiempos; los varones ilustres que hubo en cada siglo, sus biografías; en suma, todos los sucesos notables de que hubiese memoria, dando para ello instrucciones muy sábias. Esto nos proporcionó la adquisicion de muchas copias muy preciosas con observaciones críticas de grande importancia para la historia, cuyas copias desaparecieron desgraciadamente, algunas de las cuales se han tratado de recobrar, y ademas de sacar algunas nuevamente, lo que se ha verificado en la última época, habiendo yo tenido la satisfaccion de ver en mi último trienio reanimarse el celo de la Academia para procurarse traslados fieles de algunos códices del Escorial, que ya por su antigüedad, ya por otras causas, se hallan en un estado lamentable; siendo cada vez mas difícil su lectura, y algunos de tal importancia, que su pérdida fuera un mal irreparable para las letras. Tambien se determinó sacar copias de muchas obras relativas á nuestra España, que se conservan en las bibliotecas públicas de Inglaterra, Alemania y Francia, sin las cuales una coleccion de este género seria imperfecta y aun estéril, por ser relativamente mas importantes y mejores que las que hay en el Escorial; el que se hiciesen extractos de ciertas otras, que aunque no tratan directa y esclusivamente de España, contienen la historia de su conquista por los árabes, y el establecimiento de varias tribus, naciones y dinastías, ya árabes, ya africanas, que dominaron en ella; y en fin, la copia de varias obras geográficas en la parte relativa á nosotros que existen en Inglaterra y en algunas muy célebres sociedades orientales, las que esperábamos acogerían benévolamente nuestras peticiones cuando conviniese hacerlas.

Bien merece un lugar distinguido en los tiempos que acaban de pasar, el grande hombre, alma de este Cuerpo de fama europea, cuya laboriosa vida nos ha dejado tantos y tan preciosos monumentos de su saber, de su aplicacion constante, de continuas investigaciones y vigiliass, de su fino tacto y severa crítica, de sus vastos conocimientos históricos, aquel archivo viviente; el académico por escelencia; aquel cuya ciencia era el patrimonio comun para nacionales y extranjeros, al que parece perdimos

:

ayer, de manera, que todavía parece estar y vivir entre nosotros: Don Martín Fernández Navarrete.

Abiertas para él las puertas de este Cuerpo literario en los primeros años de su vida, despues de haber dado pruebas inequívocas de su saber en las escuelas y en el mundo literario; designado para la grande empresa de reconstruir la historia científica de España, con los materiales esparecidos por toda ella, en union con los señores Muñoz y Mendoza, y solícito investigador de las principales bibliotecas de Madrid y archivos del reino, autor al mismo tiempo de brillantes opúsculos de la vida de Cervantes y de la historia de las Cruzadas, de la coleccion de viajes y descubrimientos hechos por los españoles en el Nuevo Mundo desde fines del siglo XV, obra capaz por sí sola de inmortalizarle, lo cual mereció los elogios de todos los hombres mas sábios é ilustrados de su tiempo, que formó con todos ellos un cuerpo para el adelantamiento y gloria de las letras, tomando la parte mas activa en las empresas que á tan grandes objetos podian concurrir; no podia menos de ocupar entre nosotros el primer lugar, no tan solo por la superioridad de sus luces, sino por su amabilidad, por su amor á la verdad, por su cortesania, por las singulares dotes de ánimo que le adornaban.

Tan grata nos es por tanto su memoria: tan presentes tenemos los servicios que prestó á nuestra Academia, el amor que le tuvo constantemente, el celo nunca desmentido por su gloria y engrandecimiento. ¿Quién de nosotros ignora la multiplicidad y grande mérito de las obras que publicó, de las que dejó preparadas al tiempo de su muerte, de las infinitas consultas que hizo por disposicion del gobierno en los negocios mas graves del Estado, aquel celo que manifestó constantemente por recoger documentos, clasificarlos y conservarlos, aquella ánsia por la adquisicion de los mejores libros, de los manuscritos, monumentos y preciosidades, aquella minuciosidad con que analizaba los puntos mas dificultosos, aquellas esquisitas noticias que recogidas con avidez de los archivos y bibliotecas, las guardaba en su memoria, recordando hasta las fechas mas insignificantes

y mas difíciles de retener? ¿Quién de nosotros que le conociese habrá podido olvidar su asiduidad constante á todas las reuniones de este Cuerpo, aquel placer que experimentaba cuando podia procurarse un descubrimiento útil, un libro raro, un documento antiguo; sus luminosas esplicaciones y noticias, y su disposicion para transmitir las y hacerlas entender, á cualquiera que deseaba ser instruido y que recurria á él, sin hacer misterio, y con tanta gratitud, como si él mismo fuese el que recibiese el beneficio? ¿Qué no hizo por este Cuerpo, siempre que entrevió alguna ocasion de poder emprender algo en su obsequio, valiéndose de su favor y crédito en cuantas ocasiones se le presentaban? ¿Qué trabajo esquivó, por árduos que fuesen los negocios, en que no tomase la parte principal, insinuándose en el ánimo de sus compañeros de un modo irresistible? ¿Cuánto no deploró la calamidad de los tiempos que impedian las tareas académicas, la escasez de fondos, los pocos auxilios que se daban, las facultades de que se le despojaba y el ansia que tuvo, porque llegando mejor época pudiera cumplirse el objeto del Instituto, y darse al público los trabajos que se habian hecho en la oscuridad, y que estaban sepultados en el polvo de los archivos, padeciendo entre tanto el crédito de la Academia, ansian-do los momentos de época mas próspera, en que pudiera ponerse bajo el pié de gloria que debia tener el Establecimiento? Así fué, que puesto al frente de él y en las últimas épocas de su vida, fué mantenido en la silla presidencial que hoy ocupára sin duda alguna, si no hubiéramos tenido la desgracia de haberlo perdido, dejándonos continuos y dulces recuerdos, que jamás podrán borrarse entre nosotros, y que serán igualmente duraderos en la república de las letras, en la cual tantos y tan eminentes servicios prestó durante su trabajada vida.

Pero si todos estos trabajos se hicieron colectivamente redundando en gloria del Cuerpo, si apenas puede contarse uno de sus individuos que de algun modo no concurriese á sus importantes tareas, si los tres cuyos nombres presenta el ilustre orador como principio, medio y fin del siglo que alcanzamos,

son propiamente hablando una personificación de aquella época; no podemos omitir sin nota los de muchos varones eminentes, cuyos trabajos forman época por su multitud é importancia, si hemos de dar una idea tal cual exacta de lo que este Cuerpo ha sido.

Sin hablar del señor Montiano que tanto hizo por la Academia, ni de los autores de las ricas colecciones que poseemos, cuyos nombres he indicado; ni del célebre señor conde de Campomanes, cuyos trabajos como académico y Director es casi imposible enumerar, ni menos el ardiente celo que le devoró por dar vida, prosperidad y gloria al Cuerpo; ni del señor don José Cornide, que tantos materiales para la historia recogiera en Portugal y Galicia, y tanto contribuyera á la rectificación de la Cronología, ni del señor don Juan Crisóstomo Alamazon incansable indagador de noticias las mas importantes para la historia en los varios archivos y bibliotecas, no solo de Madrid sino del reino, ni del señor Jovellanos que nos dejó una rica y copiosa coleccion de documentos relativos á Asturias, la Rioja, Salamanca y Provincias Vascongadas, ni de otros muchos. ¿Cómo podemos menos de hacer una ligera reseña de los que en la última época hemos conocido de quienes tenemos mas reciente memoria, y que há poco tiempo han desaparecido ante nosotros? De un Vargas Ponce, indagador infatigable de nuestras antigüedades en todos los ángulos de España y singularmente en Navarra, las Provincias Vascongadas y Madrid, correcto escritor á quien llamaron la atención las biografías de nuestros mas célebres hombres de guerra, las de los principales marinos y con particularidad la del general Escaño; la reunion de nuestros cronicos para formar un cuerpo de todos ellos con las ilustraciones necesarias, cuya idea siguió con ardor todas las veces que fué director, la de algunas colecciones de historiadores españoles que pudieran servir para la publicacion de la historia eclesiástica y civil como parte integrante de la de España; que dejó además una suya muy abundante y curiosa de documentos compuesta de 58 volúmenes; del señor Cean Bermudez compañero del se-

ñor Jovellanos, escritor infatigable, docto anticuario nuestro, tipo de verdad y de franqueza, de sólido saber, fiel depositario de los principales sucesos nuestros, particularmente de los de Indias, cuyos archivos había estado reconociendo por espacio de muchos años, autor del diccionario geográfico, de la España antigua y de multitud de obras llenas de noticias las mas esquisitas de las tres Nobles Artes, de nuestros monumentos y antigüedades y de cuanto podia interesar á nuestra historia patria; del señor don Francisco Antonio Gonzalez, anticuario tambien, á quien se debió la coleccion de cánones de la Iglesia antigua de España, autor de las memorias sobre la historia y numismática árabes, distinguido humanista que poseyó las lenguas hebrea, griega y arábica, y de un modo muy sobresaliente la latina, que escribió con tanto acierto sobre el influjo que tuvieron los judíos en España en ciertas épocas, y los medios de que usaron para captarse la voluntad de los príncipes encargados del gobierno, y hasta de los ministros de la Iglesia, en la larga época que subsistieron en nuestros dominios, habiendo sido los principales agentes de grandes novedades que atribuyó la ignorancia al carácter de los reyes, y á otras causas semejantes, sin haberse puesto en las que verdaderamente influyeron; del señor Sabau, nuestro anticuario, sábio ilustrador de la historia general de España del P. Mariana y rectificador de su cronología; del señor Lista, historiador, humanista, matemático, laborioso colaborador, académico que se distinguió por el juicioso y acertado análisis que hizo de algunas de nuestras Córtes antiguas, en las cuales no solo manifestó el origen y fundamento de nuestra legislacion, sino que puede mirarse como el retrato de los usos, costumbres, ilustracion y carácter noble, juicioso y patriótico de los antiguos españoles; del señor Clemencin, escritor eminente en varios géneros de literatura, autor del elogio de la Reina Católica modelo en su género de esta clase de escritos y que nos demuestra al mismo tiempo hasta qué punto pueden servir para ilustrar la historia siguiendo la huella que nos dejó trazada; del señor Musso y Valiente, que tanto trabajó en la crónica de Fernando IV, ilustrando su



cronología, los principales puntos de aquel reinado, las Córtes de Valladolid de 1295, la conducta en ellas y el gobierno y regencia de la reina doña María la Grande, dando la noticia mas ámplia de sus hechos, como llamado á vengarla del agravio de los siglos y de la ingratitud de la nacion, segun el juicio y palabras de su panegirista, las ilustraciones sobre las hermandades y las de los concejos de Castilla, de Leon y Galicia, sobre los fueros de Leon, Sahagun y Oviedo, y sobre las revoluciones de aquel tiempo que dán márgen á investigaciones en extremo curiosas sobre puntos notables de nuestra antigua legislacion, y de la Constitucion de la antigua corona de Castilla; del señor Gonzalez Carbajal y Gonzalez Arnau, que tanta parte tuvieron en las principales comisiones y alguno de ellos en la crónica de Enrique IV, dándonos idea del estado económico, diplomático y militar, canónico y legislativo y de aquel tiempo, y de que ya en él se agitaban ó promovian en la Nacion con interés y acierto los puntos mas profundos del derecho público; del señor Govantes, autor del diccionario de la Rioja, y de muchas memorias sumamente instructivas sobre las antigüedades de varios pueblos; en fin de los padres Agustonianos autores y continuadores de la España Sagrada, el último de los cuales, nuestro dignísimo director don José de la Canal, concluyó su carrera sin haber podido pasar del tomo 47 de la misma, que como dice el señor Navarrete en su memoria trienal del año 40 tenia ya concluido en el año 59, habiendo ocupado su lectura algunas juntas con mucho placer de la Academia por las importantes noticias que contiene desde su conquista de Lérida, hasta nuestros dias, de los obispos de aquella diócesis, entre las cuales merecia particular atencion la del célebre sábio don Antonio Agustin, de quien publicaba nueve cartas eruditas y curiosas, escritas en Trento al Embajador Francisco de Vargas dando cuenta de las ocurrencias del memorable concilio que allí se celebraba entonces.

Todos estos claros varones trabajando incesantemente, se dirigen á un fin, el primero y mas principal de este Cuerpo literario; á reunir toda especie de materiales para la ilustracion de la

historia de España, cuya utilidad, provecho y necesidad es en vano encarecer cuando no poseemos una historia general de ella que reúna todas las condiciones que son de desear.

He aquí, señores, como hemos venido á demostrar con que oportunidad ha elegido el señor Académico que vamos á recibir, el tratar de la creacion y objeto de nuestro instituto, de lo que en él han hecho los mas notables individuos que nos precedieron en dos épocas señaladas que en el cuadro de nuestra historia patria se destacan de un modo gigantesco, de los académicos de nombre y fama inmortal, que en la época última fueron el ornamento de este Cuerpo, y que forman como el anillo de la segunda, que enlaza con la tercera, y data de los últimos estatutos que la han dado una nueva forma, y que es el principio de nuestra esperanza, de que en ella han de cumplirse los ardientes votos de los que nos precedieron, y los principales fines de nuestro Instituto.

Ellos pasaron como las sombras; muchos arrebatados antes de tiempo, otros llevando una vida laboriosa y oscura, sin recompensa; algunos con trabajos y tribulaciones, pero siempre constantes en el loable propósito que hicieron. Murieron, sí, pero no para nosotros, ni para la posteridad. Todavía recuerda mi ánimo los sitios que ocuparon en este lugar, sus fisonomías, sus caractéres y dotes peculiares, su gran saber, su laboriosidad, su celo inestinguible por la gloria y prosperidad de este ilustre Cuerpo. Si, ellos, á quienes en este momento me parece ver en los asientos mismos que solian ocupar, desde los cuales salió de su boca tanta y tan saludable doctrina, y á quienes oímos como oráculos, durante el largo noviciado que nuestros antiguos Estatutos prescribian mientras permanecíamos por mucho tiempo en la clase de supernumerarios; se halláran hoy entre nosotros, seguro es, que su modestia no apreciara tanto el homenaje que podemos tributar á su mérito, pagándoles una deuda de justicia, y sancionando, por decirlo así, sus hechos, como nuestra decision por imitarlos con mejores esperanzas que las que ellos tuvieron, y en época mas á propósito que la que ellos alcanzaron.

Pero ¿á donde voy? Perdonad, señores: creia estar hablando conmigo solo; se me figuraba, que invitado á contestar á nuestro elegido, necesitaba para ello pensar un poco, y detenerme algunos momentos en los pasados tiempos, siendo uno de los pocos que hemos sobrevivido á la segunda época, y cual habitante de una ciudad antigua cuyos moradores mas notables han desaparecido, renovar su memoria, citarlos con un dulce placer, tributarles la justa alabanza á que se hicieron acreedores; y ya que ellos nos dejaron, que pasó su época, y con ella la ley que los rigió; al ver yo, que fuí de aquella, esta nueva, regocijarme con la lisonjera idea de que vencidos todos los obstáculos que antes se opusieron á que el Guerro llegase á la altura que hubiera llegado sin ellos, aumentado considerablemente el número de sus individuos, cuya eleccion en gran manera ha mejorado, reforzándose cada año mas con el ingreso de tantos hombres beneméritos, versados en la historia patria, distinguidos en la república de las letras, amaestrados por la esperiencia de los negocios públicos, con aventajadas dotes y cualidades eminentes, teniendo como tenemos la proteccion del gobierno, estímulos poderosos que antes no tuvimos; con una persona tan digna al frente de nuestra Academia; estamos en el caso, como un dia tuve el honor de indicar en la última memoria trienal que tuve el honor de leer á la misma, no solo de continuar los trabajos comenzados y que tenemos pendientes y muy adelantados, sino de hacer otros nuevos y acaso mas notables en un siglo como el presente, en el que ya la historia no solo se escribe solo por leyendas, canciones, cronicones y discursos, sino con documentos, auténticos, con testimonios irrefragables, depurados con la critica mas severa, sin que esta encuentre límites, con filosofia, calma, discernimiento é imparcialidad, teniendo ya abiertos todos los archivos, gabinetes, bibliotecas, correspondencia con todo el mundo literario á nuestra eleccion, y una riqueza inmensa que cada dia se aumenta con nuevas y ricas adquisiciones; y no pudiendo ponerse en duda ya la sincera voluntad y decision de todos los

que componemos la Academia, entre los cuales no ocupa el último lugar el señor don Evaristo San Miguel, darnos el parabien de que haya llegado el tiempo descado de dar á esta madre común la gloria á que es acreedora, y de que se llenen cumplidamente los votos de los que nos precedieron, el objeto de sus fundadores y del monarca que los acogió, y la espectacion de la nacion y del público. «Tales son, por lo menos, decia yo en aquel discurso; y tales son, repito hoy, mis ardientes deseos, »porque así, y no de otro modo, puede este Cuerpo, tan respectable, recobrar su brillo, sostenerse con gloria, y llegar á la altura de que es digno por tantos títulos.»

HE DICHO.

